CATASTROFïA : *(ensayo sobre la metapsicología del **piquete**)*[1]

El pan nuestro de cada día ya no los dan hoy. El poco pan que queda ya no es nuestro, nuestra res pública degradó a res privada, las clases se cristalizaron en castas, los peligros de cada crisis crecieron desmesuradamente en relación a las oportunidades que generan, los espantos producen mas unión que los amores, los "yoes" ya no pueden levantarse por que los objetos y no solamente sus sombras han caído sobre él. El Yo ha sido lapidado por multiplicidad de objetos intangibles, algunos de ellos llamados decretos de necesidad y urgencia.

La catástrofe nuestra de cada día. No hay día en que no despertemos ni noche en que no nos dormimos sin la imagen o el audio de catástrofes individuales, vinculares, grupales, sociales, naturales, artificiales. Hasta el Etna ha vuelto a vomitar lava hirviente, quizá superando a la divinidad, que solamente vomitaba a los tibios. Catastrofía: significante que intenta desplegar la cualidad de la catástrofe cotidiana, mas allá de la psicopatología de la vida cotidiana. La vida cotidiana, organizada como patología social, tiene en la catastrofía el equipamiento reproductivo y antiproductivo por excelencia. La catástrofe, adjetivación que anteriormente recibía un estilo de películas, se recorta claramente de la cotidianeidad. La polaridad cotidiano – catastrófico desarticula dos términos excluyentes. Desde sus mas globalizadas consecuencias, (el mito científico de la Atlántida, revisitado por Disney recientemente, es uno de los mas conocidos) hasta los mas acotados (catástrofes personales) el mecanismo universal para la elaboración de la situación catastrófica es la restitución. Esta puede ser mental, vincular , ideológica o tecnológica. Catastrofía es un concepto que da cuenta de la captura de lo cotidiano por la catástrofe. La catástrofe nuestra de cada día nos la dan varias veces por día. La mayoría silenciosa para no registrarla se disocia o reniega de la percepción aterrorizante. No hay angustia señal, no hay señal de peligro. Hay peligros sin señales y nos damos cuenta que nos arrolló la locomotora porque a lo lejos, desde el suelo y a los gritos, vemos alejarse el kabuz. Las señales nos alertan de peligros

[1] Escrito con la colaboración de la Lic. María Casariego.Fue presentado en el Encuentro anual de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia (2001)

que no existen y dejan de advertir sobre los peligros inminentes. Este funcionamiento se denominó doctrina de seguridad nacional. Una nación segura con ciudadanos inseguros. Significantes paradojales y mortales. La belle y no tan belle indiferencia ante la catástrofe, la convicción de que todo futuro será peor, la seguridad que los hermanos no están unidos, entre otras cosas porque muchos volvieron a Europa, la militancia heroica de poner el cuerpo, y sacarlo antes que lo despedacen, transforma todas las acciones en "actus interruptus". No hay elaboración colectiva del trauma, no hay alianza fraterna que sostenga la ambivalencia del protoparricidio. Hay demasiados tabués (incluso hasta de comer, por anorexia nerviosa o por miseria espantosa) y muy pocos totems. Especialmente en su función protectora y amparadora de la organización social. Lo traumático deja de ser figura, aunque puede llevarnos a la sepultura, y pasa a ser fondo. Fondo siniestro, monetario y no monetario, algo así como porristas cadavéricas que agitan megacanjes, blindajes, patacones, bonos, descuentos, etc. Lamentablemente, la subjetividad no tiene protectores de pantalla y mucho menos programas antivirus. La personalidad de nuestros días se siente loca, cuando en realidad está psicótica. Los delirios de la convertibilidad y la gobernabilidad han reemplazado el análisis sobre el ser o no ser o sobre el ser y la nada. Ha quedado nada, o casi nada, que no es lo mismo, pero es igual. Es algo parecido a la sensación de vacío, pero peor. Es una sensación de llenado, de relleno sanitario como si cada sujeto fuera un container de basura. Pulsión de muerte defusionada, que ante la imposibilidad histórica social de descargarla afuera, se descarga desde el equipamiento identificatorio denominado superyó, adentro. Bien adentro. El sujeto tiene en el superyó una mina personal que explota con solo pisarla. Es decir, al primer paso que dé por fuera del círculo vicioso y perverso no ya del modelo, sino del sistema. La explosión es la culpa, tan destructiva como el trotyl. Es el modo de producción superyoica de la subjetividad lo que cristaliza el tránsito del Edipo libidinal y familiar al Edipo histórico y social. La tregua de la latencia apenas alcanza a disimular que no hay peor derrota que un triunfo edípico. El varón conserva el falo, solamente cuando se convence de que no debe usarlo. La mujer supera los temores frente a la amenaza de la pérdida de amor, cuando está dispuesta a entregar al suyo en forma incondicional, porque si al amor no se asoma, no merecerá llamarse mujer. La perspectiva de género y especialmente la transgenérica modifica los actores del conflicto, desbiologiza el fundamento deseante, pero la tragedia sigue su implacable repetición. El hijo matará al

padre represor pero solamente para restituirlo. En ese sentido será un hijo pródigo, y aunque pueda reprocharle haberlo abandonado a la furia asesina del Imperio, al tener la segunda oportunidad de la resurrección , ocupará un lugar al lado del Padre. La catástrofe de la crucifixión de Jesús, es renegada en la presencia de Cristo. Después de todo, no hay mal que por bien no venga. Desde hace dos mil años que el origen traumático de nuestra cultura es renegado. Un instrumento de tortura, la cruz, es adorada y besada. Si el imperio romano hubiera conocido la electricidad, la mayoría silenciosa llevaría colgada una picana. Esto, al decir de un padre de la Iglesia, hay que creerlo porque es absurdo. Sonríe, la inquisición te ama. Entonces podemos hablar de lo traumático a nivel convencional y lo traumático a nivel fundante. Del trauma renegado y del trauma reconocido. Si el amor es ciego, el miedo no es sonso. Los sometidos de la tierra, los perseguidos, torturados, los hambreados, los una y mil veces explotados y asesinados, en la Patagonia que supo ser rebelde, en el Chaco de la Forestal, en las semanas trágicas y en las noches de los lápices, siempre han hecho borde con lo traumático. Cuando los indicadores de desocupación no eran tan obscenos como en la actualidad (Gral. Moscón tiene un 60% de desocupados) los que formaban parte del denominado ejército de reserva, ya sabían lo que era el hambre, la enfermedad, la falta de vivienda. Como enseña la dialéctica, lo cuantitativo hace el salto cualitativo. Por eso discutimos estos temas. Las neurosis actuales en su trágica actualidad muestran que no puede hacerse consciente lo inconsciente cuando no hay represión simbólica. Pero hay subjetividad. Mas aún: hay procesos de subjetivación. Hay una elaboración colectiva, adulta y real del Edipo familiar cuando el “actus interruptus” se completa para desplegar el denominado acto poder. La diferencia fundante entre el sujeto de la modernidad liberal es que pensaba que su libertad terminaba cuando empezaba la libertad de los demás. Esta era la idea de una libertad que se tenía, como un derecho natural. La idea socialista de libertad es que la libertad de los demás prolonga la mía hasta el infinito. La libertad que ustedes tienen de leer o escuchar, prolonga mi libertad de escribir. Es un límite pero no una limitación. Lo traumático también es un límite, pero que en la actualidad ha dejado de ser invisible. La piel de cordero ya no puede tapar mas al lobo. Hoy hacemos consciente la afirmación de Clausewitz de que la política es la continuación de la guerra por otros medios. Con balas de goma, con balas de acero o con ajustes. Vale todo y no justamente por dos pesos. El período de latencia deviene un

arcaísmo , porque en la trinchera no hay tiempo para el descanso, y menos el pulsional. Niños y niñas entrenados como partenaires sexuales o como soldados. Eros y ananké vueltos contra si mismo y transformados para siempre en su contrario: odio y necesidades básicas insatisfechas. Muertes anunciadas en todas las crónicas posibles. Pero ante el decreto de necesidad y urgencia donde se debe morir para honrar la deuda, donde el mandato superyoico exige mucho mas que una libra de carne, se instituye una forma de la resistencia. No es lo mismo resistir al deseo, como formaliza la doble moral victoriana, que resistir al opresor, como formaliza la ética de la emancipación. Si los imperios siempre han construido sus iconos del sometimiento, los pobres de la tierra que complacían al poeta mas que el mar, también han construido su tótem de la protesta y la liberación. El piquete. La verdadera alianza, aquella que no tiene que renegar de su condición de pacto, permite el atravesamiento de los modos de producción superyoica de la subjetividad. Al enfrentar la catastrofía con el piquete, vuelve a la superficie la catástrofe. Los desaparecidos de la democracia, los desocupados, los marginales, los sin tierra, los sin techo, vuelven a aparecer. Las masas que aterrorizaban a Le Bon, pero que a Freud le permitieron ampliar su análisis del yo, vuelven para mostrar su condición de vivos, mas vivos que muertos. No todos. Durante los días que dure el Encuentro, 240 niños morirán. Tenerlo consciente no genera culpa sino responsabilidad. La culpa se cierra en la repetición y en la desmentida. La responsabilidad se abre en la reparación y en la afirmación. Los piqueteros, como los zapatistas de Méjico, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, hacen consciente el inconsciente histórico social reprimido. Descubre no la América, sino las venas abiertas de esa américa latina. El piquete es un dispositivo analizador, porque interrumpe un flujo convencional e instituye una corriente fundante. Como el diván del psicoanalista. Se interrumpe el flujo de la censura y se abre la corriente de la asociación libre. Si hay una regla fundamental para la producción discursiva, también debe haberla para la producción social. El piquete es una espada sin cruz. Fusiona lo erótico y lo tanático. La catástrofe se disfraza de crisis, la cesación de pagos de megacanje, el saqueo de los que trabajan de ajuste, la dictadura de democracia. El piquete le dice al sistema que se saque el antifaz. Que dejen de robar y no solamente por dos años. Cuando di en el piquete de La Matanza una clase sobre “el idiota del pesebre”, trabajo que fue escrito para un Encuentro de esta Escuela, me di cuenta una vez mas que el psicoanálisis exige cierto grado de cultura, y que

esa cultura solamente está en los que luchan. Hay un psicoanálisis piquetero, de la misma forma que hay un psicoanálisis globalizado. Pienso que Freud hizo un piquete en el territorio de la neurología. Piquete que Breuer abandonó, pero que pronto encontró otros piqueteros.

Lo traumático no podrá ser enfrentado con las mismas herramientas simbólicas y materiales de los que organizaron el exterminio. No se si otro mundo es probable, pero si que es posible. En la clase mencionada, un piquetero humilde, tímido, sabio, me preguntó: *¿profesor: como seguimos?*. *Le respondí: empezando cada día como si el anterior se hubiera perdido.* Quise decir que el verdadero paraíso será el que encontremos, y que nuestro reino debe ser de este mundo. Desde los Ideales del Yo que el piquete sostiene, pueden ser enfrentados los Ideales del Superyo que han totemizado a la subjetividad. Parodiando a Freud: "***donde hubo Superyo, Ello ha de advenir". Donde hubo catastrofía, piquete ha de advenir".***